

"Tengo en gran estima a los hombres de las Fuerzas Armadas que tienen verdadera vocación castrense"

GRANADA. (De nuestro corresponsal, Rafael Martínez Miranda.)

Entrevistamos a monseñor Benavent, que acaba de ser nombrado vicario general castrense.

—Recibo con gratitud—nos dice—este nombramiento por la confianza del Padre Santo y con ilusionada obediencia. Ahora tengo delante de los ojos al mundo de los jóvenes que hacen el servicio militar y a sus mandos y pienso entregarme a su servicio apostólico, lo cual no quiere decir que no sienta tener que separarme de Granada después de nueve años de trabajar y de vivir aquí.

Monseñor Benavent comenta su gratitud hacia Granada y cómo ha llegado a compenetrarse con esta ciudad y esta diócesis. Se refiere a sus homilias en la misa de una en la catedral, seguida por muchísimos fieles, y cuenta el hecho de unos ancianitos de la parroquia de San José que viven solos y suelen oír la predicación a través de un aparato de radio, junto al que ponen dos velas y unas flores, porque para ellos es como si estuvieran presentes en la iglesia.

—¿Cuál ha sido hasta ahora su relación con las fuerzas armadas?

—Excelente. Y en cuanto le dé algunos datos comprenderá usted por qué tengo en gran estima a los hombres de las fuerzas armadas que tienen verdadera vocación castrense. Mi primer contacto con el Ejército fue cuando estudiaba filosofía. Tuve la suerte de encontrarme con un jefe ejemplar. Mi teniente (hoy general y amigo) era exigente, pero nos quería de verdad a sus soldados. Procuraba con absoluto desinterés nuestro bienestar. En los momentos de peligro, él lo arrojaba el primero sin la menor jactancia, y por conciencia de su deber procuraba librar del riesgo a todos los soldados que podía.

Después de mis primeros años

de sacerdocio—continúa diciendo—, al mismo tiempo que era coadjutor de una parroquia y consultor de Acción Católica, actué de capellán de las Escuelas de Observadores y Especialistas de Aviación en Málaga. Todavía hoy, cuando me encuentro con algunos profesores o jefes de estas instituciones, recordamos con alegría aquellos tiempos. Más tarde, y no por el camino de la tertulia, sino del ministerio sacerdotal, se fueron estableciendo relaciones personales profundas con generales, jefes y oficiales jóvenes del Ejército, la Armada y las fuerzas aéreas de la diócesis que he servido.

—¿Cómo concibe su nueva misión?

—Resolutivamente como sacerdotal y apostólica. Lo que he hecho siempre al predicar en las catedrales de Granada y Málaga, en las parroquias de la capital y en los pueblos, o al visitar a los enfermos, los ancianos y los presos, lo pienso seguir haciendo con la colaboración de los capellanes en las academias, guarniciones, hospitales militares, etc.

"NO SOY DEMOCRATA CRISTIANO"

—Se ha dicho en algunas revistas que es usted demócrata cristiano y hasta que sería promotor de esa determinada agrupación política. ¿Es esto verdad o tiene algún fundamento?

—No es verdad y no tiene el menor fundamento. Me imagino que quienes me clasifican políticamente lo hacen partiendo del hecho de que soy miembro de la Junta de Gobierno de La Editorial Católica, pero la conclusión a que llegan es desproporcionada y no es verdadera. Por dos razones: porque en la Junta estamos muchas personas absolutamente independientes de la democracia cristiana, pero sobre todo porque todos los colaboradores inmediatos que he tenido durante los veintidós años que soy obispo son testigos de mi independencia de los dirigentes políticos, incluidos los demócrata cristianos. Y no digo esto por desestima de sus personas y de su actividad, sino por sentirme en otro mundo muy distinto del de la política y entregado al servicio de la Iglesia. En cuanto a que a estas alturas yo vaya a promover la democracia cristiana, prefiero no replicar con palabras. La mejor prueba de que lo que se ha dicho es falso serán mis obras. A mi actuación futura, que concibo y pienso desarrollar como tarea exclusivamente apostólica, me remito.

—También en algunas revistas se le ha contrapuesto a usted con el cardenal Tarancón. ¿qué tiene usted que decir a esto?

—Que es absolutamente falso. Durante los muchos años que los dos somos obispos hemos trabajado juntos, cada cual con su responsabilidad y, por tanto, con independencia, pero siempre en un clima de mutua estimación. Ahora su misión pastoral como arzobispo de Madrid y la mía específica de vicario castrense no se interfieren. Y yo, como miembro de la Conferencia Episcopal, pienso seguir ayudándole como siempre lo he hecho, con lealtad y libertad, que es, me parece, la mejor manera de ayudar a quien tiene que cumplir una misión tan difícil y comprometida como la de presidente del Episcopado español.